

Un día equivalente

Beatriz Malo



UN DÍA EQUIVALENTE

Beatriz Malo

Capítulo 1

En una de las dos mitades de la piña brota el mango negro y parte de la hoja de acero del cuchillo, ahí en el centro de la mesa, sobre un plato demasiado pequeño para una fruta tan exclusiva. En realidad, solo es única para mí. La mañana del veinticuatro de diciembre compro una piña en el supermercado de al lado de casa, como el resto de la compra de navidad, y la elijo como mi exmarido me enseñó a hacer. «Procura que no tenga moho en la base, tira de la hojita de en medio». A los niños no les gusta mucho. De postre comen un par de trozos porque les insisto, y siempre bañada en cantidades exorbitantes de nata. En nochebuena también les permito comer turrón sin decirles cuándo es suficiente. Por algo así discutimos por enésima vez mi ex y yo, pero aquella vez fue una discusión algo diferente aunque se parecía mucho a todas las demás. Hace justo un año, al salir de casa de sus padres. El niño quería una golosina de las que le había regalado su abuelo y que yo le había guardado en el bolso. Le dije que no. La niña se había guardado en el bolsillo un bombón de coco y lo sacó en el coche. «Guarda eso». La estaba viendo por el retrovisor. «Compártelo con tu hermano» le dijo él. Recuerdo esa frase como el sonido del limpiaparabrisas. Le miré, aceleré. Quería llegar a casa y dejar de oír la lluvia. Ya en la habitación, los dos solos, le repetí como tantas veces que no volviera a hacer eso. Se hizo el tonto, como siempre, como cada vez que aseguraba que yo tenía una imaginación demasiado creativa.

-Mami... -dice mi niña en su tono más cariñoso. Sé que va a pedirme algo cuando además se acerca y me agarra.

-¿Qué quieres?

Miro el móvil un instante. Aún estoy esperando una llamada que él me prometió hacer antes de cenar.

-Tengo un poco de hambre.

A ella le gusta tanto el dulce como a su padre. Solía decirle que les estaba malacostumbrando. Ahora mucho más y se lo repito cada vez que me trae a los niños y me cuentan lo que han estado haciendo el fin de semana. Él dice que no, pero yo sí que noté un cambio en ellos desde que nos divorciamos. Ahora siempre me piden las cosas con mucha prudencia. Me levanto y saco el cuchillo de la piña. Corto un par de trozos del turrón blando que es el que más nos gusta a las dos.

-¿Tú también quieres?

El niño está enfrente pero no quiere escucharme. Se pasa día y noche jugando. No insisto. Miro el móvil otra vez. Debería habernos llamado, al

menos para hablar con sus hijos. Mi hija me agarra de nuevo y me pide que juguemos a algo. Miro la hora. Son más de las doce.

-¿No tienes sueño?

-Porfa, mami...

Y yo tengo que consentirla. Extendemos en la mesa un tablero con sus cartas y comenzamos a jugar. El niño se va a la cama un rato después sin decir nada.

-¡Lávate los dientes! -le digo, a pesar de que no va a hacerme caso.

Desde que su padre se fue, es así todos los días así. Compruebo el móvil. Sería una hora parecida cuando el año pasado bajamos a la cocina después de discutir. Nos sentamos en un taburete y abrimos una botella de vino cuando los niños ya estaban dormidos. Al mirarle con la copa en la mano imaginé que alguno de los dos estaba obligado a decirlo. «Dímelo tú» me adelanté, para que hablara él primero. Así, en el futuro, podría consolarme echándole la culpa. «Fue él» he pensado muchas veces a lo largo de este año. «Fue su culpa». Ya sé que no es así, o no del todo, pero aún me consuela que fuera él quien lo dijera.

-Vámonos a dormir -le insisto después de la tercera o cuarta partida.

-Si no tengo sueño.

Sé que sí y que lo que quiere es seguir jugando.

-Una más y nos vamos.

Acepta el trato. «Yo prefiero estar contigo» me pide mi niña a veces cuando le digo que tiene que irse el fin de semana con su padre. Antes me preguntó si mañana tenía que comer con él y yo le dije que sí. «Yo quiero quedarme aquí contigo». Lloró un poco, pero sabe que a mí no me sirven las lágrimas. Miro el móvil. Quizá por una vez pueda decirle que sí, que se va a quedar conmigo.

Cuando al fin puedo llevarla a dormir, me quedo un rato más porque necesito recoger y limpiar. El agua del grifo al principio sale muy fría, así que antes bajo la persiana de la cocina. Este año no está lloviendo, solamente hace frío. Espero un poco más a que el agua salga caliente mientras pongo film a la piña antes de guardarla en la nevera. Entonces friego todo y por último el cuchillo. Lo seco y lo guardo en su sitio. Los cuchillos grandes siempre me parecieron demasiado peligrosos y por eso siempre los tengo guardados en su estuche y en lo alto del mueble. A mi ex le hacía gracia esa manía. «Dime algo». Al final he tenido que escribirle yo primero. Lo lee. Tarda en contestar. Me siento en el taburete con un

vaso de agua. Escribe. Borra. Vuelve a escribir. «Me gustaría ir a comer con vosotros». Imagino todas las opciones que ha podido barajar antes de pedírmelo. Releo demasiadas veces sus palabras. Quizá sea un buen momento para empezar algo distinto.